

# NOTICIA DE JESUS FERNANDEZ SANTOS

Desde su primera novela, «Los Bravos», Jesús Fernández Santos ha publicado en diecisiete años seis libros más, cuatro de los cuales han obtenido los premios Gabriel Miró, de la Crítica (1958 y 1969), así como el Nadal.

Hasta el momento, su obra de creación está traducida al francés, alemán, italiano, sueco e inglés.

En el área del cine, Fernández Santos ha realizado un largometraje, «Llegar a más», y un centenar de documentales, entre los que destacan «España 1800» (Premio de la Crítica, Premio del Sindicato Nacional del Espectáculo, 1958) y «El Greco» (Premio de la Bienal de Venecia, 1959).

Ahora termina un libro de relatos que se titulará «Paraíso encerrado».

—Ese paraíso es un jardín concreto, por cierto muy conocido de todos; es el jardín de más historia de España, al cual han ido unidas muchas horas importantes y decisivas de nuestro destino y nuestro arte. Por supuesto que no es un libro histórico, ni mucho menos; es un libro de creación literaria, por llamarlo de alguna manera. Este jardín es al mismo tiempo ese que todos, más tarde o más temprano perdemos; un jardín de ilusiones frustradas, de horas bastante indefinidas, que a veces ni siquiera existieron; un lugar que, a pesar de todo, por diversas circunstancias, unas veces reales y otras puramente imaginadas, ha desempeñado un papel en nuestra vida y que, real o no, es difícil volver a encontrar o reconocer cuando se vuelve a él al cabo de los años.

Refiere asimismo Jesús Fernández Santos que hay épocas enteras en la vida, en la juventud y en la adolescencia sobre todo, en que uno se pasa días y meses intentando reconstruir dentro de sí un paisaje, una situación, un recuerdo que en realidad no ha existido, pero que para nosotros tiene mucha más realidad, perduran mucho más que otros acontecimientos sucedidos.

—Algo de esto he intentado explicar en este libro, que ha ido tomando forma a partir de unos vagos esquemas previos que, poco a poco, se han ido transformando, como la misma narración, y que al final aparecen como más vagos aún, como meros puntos de partida. Si el arte es continuo ensayar, probar, el arte de narrar se transforma y cambia cada día, en cada página, diría.

Lo que primero comienza siendo una serie de historias más o menos independientes, con el nexo común de un ambiente, de algo así como una vaga corriente subterránea que los une y da vida, se acaba transformando en una serie de capítulos de algo muy sólido y fluido a la vez, que, respetando la independencia de cada parte, forman un todo, concreto y diferente como los eslabones de una cadena.

—Así, pues, en vez de realizar un relato largo y continuado, he preferido dar esta misma sensación a través de distintas variaciones en el tiempo y en el espacio, mezclando a la vez realidad y fantasía, recuerdos históricos y sucesos vulgares.

Tanto este libro como el otro anterior más parecido a él, al menos en la forma—el titulado «Las Cate-

drales»—, los debe en cierto modo a su segundo oficio: realizador de documentales de arte. Por esta dedicación Fernández Santos se enfrenta continuamente con la realidad artística española que él procura transformar en realidad humana dentro de una forma actual, tal como concibe las modernas maneras de narrar y en las que, al parecer, una vez más, vuelve a predominar la forma.

—Se ha afirmado recientemente que el novelista de hoy renuncia a los grandes problemas morales en beneficio de los problemas estéticos, de discutir las distintas imágenes que el hombre se forja de sí mismo, pero también es verdad que la finalidad de todo artista es detener el movimiento de la vida y mantenerlo fijo, de suerte que, cien años después, cuando un extraño lo contemple, vuelva a moverse en virtud de que es vida precisamente. Y puesto que el hombre es mortal, la única inmortalidad a su alcance es dejar tras de sí algo que no muera porque sea siempre capaz de moverse. Es la forma que tiene el escritor de decir: «Yo estu-



ve aquí.» No sé si esto puede conseguirse tan sólo a base de estética.»

Mucho ha pensado Fernández Santos acerca de las razones que le asisten al escritor para escribir.

—Yo creo que se escribe buscando una determinada forma de comunicación que todos deseamos y que unas veces llamamos vanidad, pero que yo considero simple necesidad de afecto. Esa necesidad se halla en el fondo de todo cuanto el escritor hace, persigue o ama en su oficio, y nace como respuesta a esa necesidad de ponerse en contacto con los demás, de sentirse halagado, admirado, insultado, ofendido. Lo que no quiere él, ni ningún hombre, es sentirse marginado, aparte, solo, en definitiva. No se trata de vanidad, sino de soledad, de temor al vacío, a la nada, antesala de la muerte.

Creemos interpretar exactamente la idea de Fernández Santos: escribir supone, como todo arte, asimilar una experiencia y expresarla a través de la propia personalidad, pero a ello hay que añadir una necesidad de comunicarse con los demás y, sobre todo, un afán soterrado de dominio.—Marino GOMEZ-SANTOS.